

VI

Rip-Rip era lo que en política se llama un retrógrado. Para él, cualquiera tiempo pasado había sido mejor, y el mejor de todos los años, el año setenta, primero de su carrera y último del imperio. Durante ese año, en efecto, mientras los franceses jóvenes se hacían matar en la frontera, él, joven también, más fuerte que nadie y tan ágil como el que más, divertía a los funcionarios de la corte e impresionaba a las damas de la nobleza, saltando de trapecio en trapecio en el circo de los Funámbulos. Porque Rip-Rip no había sido siempre payaso. ¡Oh, no! Antaño, como él decía, su profesión era la de «gimnasta de alta escuela» y en vez de enseñar el reloj pintado en la parte posterior de su pantalón a los chicos inocentes, enseñaba, a las mujeres curiosas, su perfecta anatomía que vibraba bajo la finísima y transparente malla de seda. En aquella época, los billetes perfumados habían llovido en su cuarto y jamás el público hu-

biera preferido a él una imagen de la prostitución. Sus mismos compañeros augurábanle el más brillante de los futuros, jurándole que jamás, ni en Francia ni en Inglaterra, un trapecista había saltado tan grandes distancias como él. Pero su nombre le había acarreado la desdicha. Una tarde, al volar de una barra fija en el espacio a un ondulante y lejano trapecio, habíase dormido cual su homónimo de la leyenda inglesa... Habíase dormido; y durante su sueño las mujeres pasaban junto a él, enviándole besos con las manos, llamándole, ofreciéndole sus bocas, sus pechos, sus almas; pasaban y pasaban, las mujeres, todas enamoradas de él, de sus piernas membrudas, de sus robustos brazos, de su agilidad de serpiente; y mientras tanto el trapecio huía, elevábase, movíase epilécticamente, subía, subía y perdíase en las nubes, tratando de no dejarse coger... Pero él le cogería... ¡ya lo creo!... En su sueño todo era fácil... Y seguía durmiendo en el aire, entre el trapecio siempre epiléptico y la barra siempre fija... Seguía durmiendo toda una eternidad en un segundo, acariciado por el amor, sostenido por las alas de la gloria, ébrio de orgullo y de esperanzas. Al despertarse, en una

cama de hospital, el médico le consoló, asegurándole que no era gran cosa, apenas un brazo roto... asunto de dos meses, en fin... Y no pudiendo ya ser gimnasta, resignóse á ser clown, á saltar de una silla á otra silla, á caer de lo alto de una mesa, á ser ágil sin ser olímpico, á divertir sin impresionar, á pintarse arañas en los carrillos, á permitir que las Amazonas le dieran puntapiés en el trasero y que los perros sabios le mordiesen las piernas. Primero con paciencia, luego con interés y al fin con amor, ejerció diariamente su oficio, hasta llegar á ser uno de los más famosos clowns del mundo. Su excentricidad, su fantasía, su ligereza de cuerpo y hasta la torpeza de su brazo derecho, le sirvieron para conquistar la triste gloria de hacer reír. Al cabo de algunos años, fué dichoso de nuevo, aunque de otro modo, ya sin grandes alegrías nerviosas, sin esperanzas de triunfos inmensos y rápidos, sin embriagueces de aéreos atrevimientos, sin lucir, en fin, ante las mujeres admiradas, sus formas desnudas y perfectas, su pecho brillante de lentejuelas de oro, su cuello de león, sus manos de conquistador... ¡Las mujeres! En realidad, lo único que le entristecía, al pensar en su antigua gloria de fu-

námbulo, era haber perdido todo su prestigio ante el bello sexo. «Antaño—pensaba—ninguna me hubiera resistido; ¡en tanto que ahora!...»—Una historia trágica le hacía fruncir los labios de vez en cuando. Era una historia muy breve. En Viena habíase enamorado de una rubia esbelta y fría, que, antes de entregarse á él, había exigido y obtenido la bendición del cura y el discurso del alcalde. Una vez casado, su amor fué siendo cada día más grande, más sensual, más tiránico. La rubia austriaca, de amplias caderas, de abundante pecho y de piel de rosa, magnetizábale con el perfume de su cuerpo, obligándole á agotar, en el lecho conyugal, sus fuerzas hercúleas, á inventar diariamente placeres nuevos, á desear siempre, estando al lado de ella, á todas horas, en todas partes, un beso, un estrujón, algo de carnal, en suma. Dos años transcurrieron así: él, loco por ella; ella, fría y pasiva, prestándose á todos los caprichos y á todas las brutalidades, sin quejarse y sin compartir el placer. Al fin, un día, al volver á su casa más temprano que de costumbre, Rip encontró á su mujer en brazos de un militar, de un simple soldado, y sin darse cuenta de lo que hacía, enloquecido por los

celos, precipitose sobre ella y la golpeó, la golpeó con las manos, con los pies, hundiéndole las rodillas en el pecho, haciendo crugir los huesos de sus caderas, encarnizándose contra los sitios más blandos, más lucientes, más amados; magullándole los brazos, mordiéndole la nuca, macerándole los senos; frenético, demente, enfurecido, hasta no sentir entre las manos, sino una masa inerte y muda... «¡La había matado!...» El creía que la había matado... Quiso huir... Pero algunos vecinos teníanle ya cogido por el cuello... Las fuerzas le abandonaron entonces, su cerebro se vació de pronto, sus rodillas temblaron, y dejándose caer en una butaca, junto a la mujer en apariencia muerta, negó su crimen, dijo que no había sido él, sino otro, el militar... Quejóse a gritos, gimiendo y llorando, hablando de su madre, de sus hijos, de sus trapecios que iban y venían, de un lobo que tenía la boca llena de sangre y las garras rotas... Un ataque de fiebre delirante, le tuvo postrado durante dos semanas en la enfermería de la cárcel. Por último supo que su mujer estaba buena y sana en casa del militar... ¡Pobre Rip!..

De eso hacía ya quince años. Otras pasiones, menos devoradoras, pero siempre fogosas, habían

entristecido más tarde su existencia de clown filosófico y de hazme reír melancólico.

Viéndole inmóvil a su lado, Noemí le preguntó si era de temerse que el público las recibiera también mal a ella y a su compañera.

Rip-Rip se echó a reír.

—¿Recibiros mal? No; el público no recibe nunca mal la carne fresca. El público es como un tigre. Las buenas tajadas de brazos, levantándose y dejando ver los rizos rubios ó morenos del sobaco perfumado; los magníficos pedazos de muslos descubiertos de cuando en cuando; todo lo que es útil en la mujer, en fin, le hacen perder en seguida la chaveta y le llenan de agua la boca. Oid... oid cómo se entusiasman todos al pensar no más que la heroína de la canción

hace brillar entre las algas
su lindo torso y sus redondas nalgas...

Los aplausos sonaban, en efecto, por la vigésima vez, al final de una canción pagana cantada por Ofelia.

—¡El cuatro!—gritó el director!—que entre in-

mediatamente el cuatro. Aprovechemos el entusiasmo.

Rip-Rip se precipitó á la escena, haciendo una pirueta fenomenal y yendo á caer, después de haber saltado por encima de una mesa, casi sobre los atriles de la orquesta. Una carcajada general celebró su atrevimiento y su sonora caída. Las butacas no pedían ya más canciones, sino más brincos, más piruetas y más movimiento como si, al salir de una alcoba en la cual hubieran respirado todas las flores del mal, sintiesen la necesidad de ver algo sano y fuerte, de respirar á plenos pulmones y de reír con alegría.

Animado por los espectadores, Rip-Rip multiplicaba la ligereza de sus ejercicios y la originalidad de sus volteretas, haciendo sonar más fuertemente que nunca, con su cráneo de madera, las tablas del escenario. Su cuerpo entero se retorció en el aire, estirando los pies y los brazos, alargando el cuello, pataleando vertiginosamente, sacudiendo los cabellos lacios de su peluca, bailando, en fin, en el espacio de un salto peligroso, un verdadero baile de San Vito, para ir á caer en seguida, cual una masa inerte, sobre dos sillas desvencijadas que

cedían al peso de su cuerpo y producían el efecto de un terremoto al venirse abajo con payaso y todo...

Luisa y Noemí se alejaron del sitio en donde estaban de pie, y fueron á sentarse en el saloncillo en que los artistas se reunían durante los instantes de reposo con objeto de hablar mal de los ausentes y de combinar planes maquiavélicos para sacarles algo al director ó á los protectores.

Al verlas entrar vestidas de marineros ingleses, con una blusa azul muy ajustada, y unos pantalones cortísimos y más ajustados aún, los artistas se volvieron hacia ellas curiosamente.

—Son las nuevas—dijo un barítono que tenía fama de irresistible, á causa de sus bigotes negros y de su voz melosa.— Son las nuevas.

En seguida, dirigiéndose á Noemí y ofreciéndola un sitio á su lado, tarareó con fatuidad:

Ven, pues, Ninón,
á mi barquilla.
Boguemos juntos
á la otra orilla.
Ven, pues, Ninón...

Luisa tomó asiento junto á un caballero calvo, autor de dos ó tres sainetes populares, muy elegante en el traje y muy fino de maneras.

La charla, un instante interrumpida, continuó entre el humo de los cigarrillos y las risas de las mujeres.

—Nosotros—decía un chico encanijado cuya solapa ostentaba un inmenso iris japonés—nosotros hemos renunciado á las conquistas difíciles. El amor verdadero resulta muy caro y muy largo. Hace diez años lo mejor era camelar á las mujeres de los amigos; pero hoy que las mujeres honradas han dividido á sus amantes en tres categorías: el que da de comer, el que pagá los trajes y el que hace reír, nos exponemos á ser el que paga, creyendo ser el que divierte; y eso es muy triste. Lo más práctico es conducirse como Luciano y yo. Nosotros hemos renunciado á las aventuras, y no hacemos conquistas sino en los cafés nocturnos, con una pieza de oro en la mano. Somos las mariposas de las tabernas...

—Las mariposas que van de flores blancas en flores blancas—exclamó maliciosamente el caballero calvo.

—Eso es—prosiguió el hombre del iris gigantesco.—El color de las flores no nos preocupa ni mucho ni poco. Lo que nos interesa es huir del ridículo y no caer entre los guantes de las supervivientes del Imperio. Hace algún tiempo ocurrióseme hacer la corte á una marquesa auténtica, no del Papa sino del Rey, una marquesa de verdad, en fin, con perlas antiquísimas en su corona y con una fama de virtud digna de Añés. Pues bien: una noche, al volver del teatro, cuando yo me disponía á aprovechar la penumbra del carruaje para acariciarle la mano.....

Una carcajada celebró el final obscuro de la anécdota.

De pronto la voz de barítono sonó dramáticamente, pronunciando las siguientes palabras:

—¡Yo creo en el amor!

Ofelia murmuró entre dientes:

—¡Mis amantes también!

VII

La célebre «cantadora» hablaba poco y no parecía poner gran atención en lo que los demás referían. Recostada en una butaca, con los brazos desnudos y la mirada errante, hubiérase dicho que meditaba en algo de siniestro y de infame. Su boca muy grande y muy roja; sus pómulos salientes y sonrosados; su frente estrecha; su palidez artificial de cremas blancas; sus ojeras profundas hechas con un lápiz azul, todas sus facciones, en suma, y aun algo que era más que las facciones, algo de interior y de secreto, un resplandor de su alma brillando á intervalos en la claridad fría de sus pupilas, delataban en ella á la musa del amor innoble, á la venus del arroyo, á la tentadora nocturna cuyo paso monótono hace crujir, en las noches sin luna, las hojas secas de los jardines públicos y cuyas manos, doctas en los más bajos ejercicios exóticos, suelen también teñirse de sangre en los instantes de exasperación ó de miseria. Uno de sus amigos,

pintor impresionista, habíala representado vestida de blanco, con los labios entreabiertos y los ojos macabros, deshojando fúnebres tuberosas al borde del Sena, en uno de esos rincones que sirven de fondo á las escenas trágicas dibujadas por Raffaelli ó descritas por Lorrain. Título del cuadro: «Ofelia de suburbio».—Y eso era, en efecto, la cantadora viciosa: una Ofelia que había nacido en una guardilla, que había crecido en la miseria y que á los veinte años, habiendo tenido muchos amantes brutales, muchos amantes egoístas, muchos amantes idiotas, preguntábase aún, como la novia de Hamlet: «¿En qué puedo distinguir un verdadero amor de los otros amores? ¿En su sombrero de flores, en sus adornos dorados, en las cintas de sus calzas?»—«En nada—respondía la triste experiencia; en nada. Lo que más se parece á un amor sincero, es un amor falso». Resignándose á no encontrar nunca la pasión fuerte, dominadora, absoluta; la pasión leal, la pasión eterna, refugiábase en el placer, en el vicio mejor dicho, y pedía á la variedad lo que la constancia no quiso darla.—Sin ser, en realidad, mucho peor que casi todas sus amigas, tenía una fama detestable, más bien por culpa de

sus maneras extrañas y de sus canciones terribles, que á causa de su conducta. Sus compañeros podían decir de ella, con razón, que cambiaba á menudo de amantes; que una noche pertenecía á un anciano decrepito y al día siguiente á un niño apenas púber; que un padre de familia se había suicidado por ella; que sus caprichos la llevaban, á veces, á revolcarse en lechos inmundos en compañía de la primera prostituta que pasaba por la calle. Pero no era eso únicamente lo que decían. Decían también que la pálida Ofelia había vivido con Pranzini y había viajado con Tropman; decían que en Roma uno de sus amantes había asesinado á un cardenal para robarle su sortija de amatista...; ¡decían tantas cosas falsas! Ella no lo ignoraba y en vez de enfadarse, contribuía á obscurecer su propia leyenda, hablando con misterio de su «pasado lamentable.»

Viéndola silenciosa y como preocupada, el mozalbete enemigo del amor, dijo á Ofelia:

—Tú tienes ideas análogas á las mías.

—Yo no tengo ideas—repuso la cantadora sin moverse.

VIII

Entretanto Rip-Rip, más inspirado que nunca y más que nunca deseoso de probar al público que hacía mal en posponerle á un símbolo de la corrupción parisiense, seguía complicando sus excéntricas piruetas.

Cosmopolita y modernista, Rip-Rip unía en sus ejercicios la prodigiosa rapidez de los clowns americanos, á la artística elegancia de los payasos franceses. La antigua profesión de gimnasta permitíale ser eléctrico como los Hanlon-Lee y saltar con prodigiosa rapidez entre los obstáculos pintorescos del escenario. Pero también había en él algo de clásico, un eco del Polichinela de Nápoles, un reflejo del blanco Pierrot parisiense, cierto *chic* aristocrático, en fin, que hacía pensar en las figuras de Watteau, en los Giles, en los Leandros y en los Mezzetinos del siglo XVIII. Esos elementos combinados, hacían de él una figura originalísima y le permitían, en ciertas ocasiones, atravesar el espacio en una se-

rie de volteretas peligrosas rompiendo cien aros de papel policromo en su vuelo, siempre con una guitarra entre las manos, para ir á caer, al cabo de algunos minutos, ante una ventanilla medieval, entonando románticas serenatas.

El barítono dijo, tratando de definirle con una frase gráfica:

—Es una pavana tocada en un órgano de vapor. Ofelia preguntó á Noemí si tenía miedo.

—Sí—repuso la bailarina;—tengo miedo. ¿Por qué he de negarlo? En el Conservatorio, durante los exámenes públicos, la concurrencia no me atemorizaba, porque los que iban á vernos eran invitados; pero aquí, donde hay gente de toda clase, que ha pagado su sitio y que tiene derecho á exigir...

El director interrumpió su discurso, gritando en la puerta del saloncillo:

—¡Las nuevas!... Deprisa, señoritas...

Un momento después las dos chicas principiaron á bailar.

IX

Una música singular, sin carácter genuino, sin sello de escuela, sin genio de raza, hecha de reminiscencias y de variaciones, de recortes y de alegorías; una música en la cual había algo de himno sagrado, de canción ingenua y lenta, de sencilla zarabanda antigua, y algo también de marcha funambulesca y de vals exótico; una música que era la música y las músicas, todas las músicas, las más simples como las más refinadas, y que reía y lloraba á un tiempo mismo, y que era grave y lenta cual una pavana, y fina y galante cual un minué; y que era ruda en seguida, ruda y melancólica como las armonías de los aires húngaros; y que jemía en los violines temblequeantes para pasar de pronto á los cobres sonoros y esparcirse en ruidosas ondas evocadoras de walquirias y de reales cortejos; una música con languideces de habanera, con piruetas de cancán, con muecas de *highland fling*, con aspavientos de fantoche y pucheros de marquesita em-

polvada; una música hecha de caprichos zingaros, de caprichos parisienses, de caprichos ingleses; una música cosmopolita, en fin, de reflejos mezclados y de ecos combinados, acompañaba los movimientos de las bailarinas.

Las piernas azules iban y venían en el espacio, ora con ritmo lánguido, meciéndose al ras del suelo y plegándose coquetamente, ora subiendo rápidas al nivel de las cabezas; entrelazándose, uniéndose, entreabriéndose, plegándose; siempre agitadas en un torbellino endiablado... Los talles flexibles movíanse con movimientos autónomos, sin acompañar los ademanes de las piernas, é imprimían á los pechos rígidos y redondos una cadencia de un sensualismo extraordinario.

Contemplando á las bailarinas desde el escenario, Ofelia preguntó al director:

—¿Qué es lo que bailan esas chicas?

—Una pavana.

Y, en efecto, en ese instante era una pavana. La ligereza y la ternura unidas, los candores maliciosos y las malicias púdicas combinadas; todo el carácter de una raza muerta, surgía, en ligero aleteo, de los movimientos aristocráticamente campestres

y rendidamente altaneros de las dos chicas cuyos cuerpos ondulaban en ceremoniosas contorsiones, buscándose, rozándose, uniéndose...

¡Una pavanal! En realidad era una pavana. Pero dos minutos después, ya era otra cosa.

Ofelia, desconcertada, tornó á interrogar:

—¿Qué es lo que bailan, de veras?

—Ahora es una danza javanesa.

Con los brazos abiertos, las chicas movían más bien las caderas que las piernas. Movían el pecho también, y movían, sobre todo, el vientre, la parte más baja del vientre, el sexo mismo, en contorsiones casi obscenas y no obstante rítmicas, produciendo la impresión malsana de dos cuerpos que no estuviesen de pie, sino recostadas en un diván, ó en el borde de un lecho, esperando y exasperando con sus nervosidades, con sus sacudimientos, con sus temblores. Ya eso no era la danza del deseo ni de la excitación, sino la danza del espasmo, la pantomima del acto, el simulacro del vértigo... Y era terrible hasta el punto de incendiar, en los huesos de los espectadores, la médula misma.

Un cambio brusco... una pierna que subía, otra pierna que la acompañaba... un torbellino de re-

dondeces girando febrilmente... el cuerpo de la una moviéndose, desarticulándose, y el cuerpo de la otra siguiéndole, uniéndose a él, acompañándole de un modo tan hábil, que parecía su complemento y su reflejo... ¡El cancán!...

Y todos los bailes estaban tan íntimamente ligados, que hubiera sido necesario poderlos contemplar sin emoción, para distinguir en dónde principiaba uno y en dónde terminaba otro. De la variedad y del desmembramiento, surgía un conjunto curiosísimo y verdaderamente compacto, como de muchos retazos de color diferente nace, a veces, la armonía de una bandera flotando bajo el sol.

—Eso es un potpourri—dijo Ofelia.

—No;—repuso el director—es una antología...

X

Una animación excepcional reinaba en el saloncillo de «Maravillas». Los artistas, los coristas y

hasta los tertulianos, parecían más alegres que de costumbre.

Una tarjeta pegada en el espejo, decía:

«El director del concierto tiene el honor de invitar a todos los artistas que las presentes letras vieron, a una cena que se verificará hoy mismo, a las doce en punto de la noche, en el café de los príncipes, en celebración de lo que a nadie importa».

En el extremo inferior de la tarjeta, imitando el «se bailará» de las esquelas oficiales, leíanse las dos palabras siguientes: «Se emborrachará».

La broma hacía reír a Ofelia, quien aseguraba, sin embargo, que no se emborracharía.

—¿Y tú?—preguntó Rip-Rip a Noemí.

—Yo tampoco—repuso la bailarina.

—¡Naturalmente!—prosiguió el clown—Aquí todos somos unas almas de Dios, incapaces de cometer el más venial pecado contra los mandamientos de la doctrina cristiana. Ni bebemos, ni deseamos a la mujer del prójimo, ni fornicamos, ni somos codiciosos, ni glotones, ni nada... ¿Verdad, Rosalba?

La interpelada se echó a reír, asegurando que haría lo mismo que los demás; que si los demás no